

» Rechazamos el nombre que ya nos dan nuestros enemigos; rebeldes son, cualquiera que sea el puesto en que se encuentren, los constantes violadores de todas las leyes, y fieles servidores de su patria los que, á despecho de todo linaje de inconvenientes le devuelven su respeto perdido.

» Españoles; acudid todos á las armas, único medio de economizar la efusión de sangre, y no olvidéis que en estas circunstancias en que las poblaciones van sucesivamente ejerciendo el gobierno de sí mismas, dejan inscritos en la historia todos sus instintos y cualidades con caracteres indelebles. Sed como siempre valientes y generosos. La única esperanza de nuestros enemigos consiste ya en los excesos á que desean vernos entregados. Desesperé-

mos desde el primer momento, manifestando con nuestra conducta que siempre fuimos dignos de la libertad que tan inicua mente nos han arrebatado.

» Acudid á las armas, no con el impulso del encono, siempre funesto, no con la furia de la ira, siempre débil; sino con la solemne y poderosa serenidad con que la justicia empuña su espada.

» ¡Viva España con honra!

Numeroso y decisivo contingente aportó á la bandera enarbolada en Cádiz, el general segundo cabo gobernador de Sevilla, don Rafael Izquierdo.

Comprometido de antemano con los generales desterrados, púsose al frente de la infantería luego que supo el pronunciamiento de la escuadra, adhi-



JACQUARD

riéndose á él; los jefes, algunos capitanes y pocos subalternos, empuñaron las armas á sabiendas, los demás por obediencia y con ignorancia del objeto.

No tardó en reunírseles la artillería, y el capitán general, don Francisco de P. Vasallo, al que no obedecían más que los artilleros, resignó el mando en el segundo cabo, dejó en libertad de seguir el partido que mejor les pareciese á los generales, jefes y oficiales de artillería, ingenieros y estado mayor, que hasta entonces le habían seguido, y el mismo día 19 de Septiembre se embarcó para Gibraltar.

En su consecuencia quedaron todas las tropas al mando del general Izquierdo, con sus jefes á la cabeza, excepto el comandante Gotier, el capitán Goicochea, ambos del arma de Ingenieros, que juntos con otros dos ó tres jefes del mismo cuerpo y el brigadier del estado mayor, Emilio, se negaron á unirse al ejército pronunciado.

Toda Andalucía puede decirse que se adhirió al pronunciamiento de Sevilla.

El general Izquierdo, sin perder un momento, comunicó órdenes á las provincias dependientes de su autoridad para que secundaran el movimiento, haciendo marchar en posta á los habilitados que residían en Sevilla, y poco después todo el ejército de Andalucía estaba al servicio de los revolucionarios con una unanimidad tal, que hasta el gobernador de Ceuta mandó á los aliados un refuerzo de 1,500 hombres que constituían aquella guarnición.

El día 20 de Septiembre se celebró en Cádiz Consejo de generales con objeto de acordar el plan de campaña.

Se decidió que el duque de la Torre dirigiese las operaciones de tierra, adelantándose hasta Despeñaperros con las guarniciones de Cádiz, con cuantas tropas pudiese reunir, y el general Prim con la

Zaragoza y otros buques recorriese el litoral para promover el pronunciamiento de los puertos.

Embarcado el general Prim en la fragata *Zaragoza*, á la que acompañaban otras dos, se dirigió á Cartagena, que se pronunció á su llegada.

De aquella plaza pasó á la de Alicante, en la que las tropas reprimieron el motín que empezaba á iniciarse por las gentes llegadas de fuera.

La fragata *Victoria*, que también se había pronunciado en el Ferrol, presentóse en el puerto de la Coruña en son de guerra, el día 22 de Septiembre, pero el capitán general de aquella región, don Joaquín Riquelme, rechazando sus intimaciones y amenazas, obligó á los pronunciados á volver al Fe-

rol, cuyo arsenal se había sublevado, haciéndose fuertes las autoridades en el castillo de San Felipe.

El pronunciamiento dominaba hasta Córdoba; Málaga sublevada con su guarnición, presencié horribles sucesos; Santander, Béjar y Alcoy habían secundado el movimiento; y en Logroño, aparecieron varias partidas de paisanos, al mismo tiempo que en Murcia y otras poblaciones de la Península.

El día 18 de Septiembre el ministro de Estado, Roncali, transmitió la noticia desde Madrid á la corte, de lo ocurrido en Cádiz, y al enterarse la Reina acordó transigir, si no con la revolución armada, con las ideas que la habían engendrado.

Al día siguiente de los sucesos de Cádiz, Gonzá-



NICOLÁS I, EMPERADOR DE RUSIA

lez Bravo y sus compañeros de Gabinete presentaron su dimisión, que les fué admitida, quedando inmediatamente nombrado Presidente del nuevo Consejo, Ministro de la Guerra é interino de Marina, don José de la Concha, marqués de la Habana.

Los subsecretarios ó directores más antiguos quedaron encargados del despacho de sus respectivos ministerios, confiándose dos días después el de Marina al teniente general de la armada, don Antonio Estrada. El nuevo Presidente, apenas hubo jurado, partió en tren especial para Madrid.

Inmediatamente se declararon en estado de guerra todas las provincias de la monarquía, creándose cuatro cuerpos de ejército correspondientes á otros tantos mandos militares.

Don Manuel de la Concha, marqués del Duero, fué nombrado para los distritos de Castilla la Nueva y Valencia; el conde de Cheste, para los de Aragón y Cataluña; el conde de Novaliches, para los de Andalucía y Granada, y don Eusebio Calonge, para los de Castilla la Vieja, Galicia, Provincias Vascongadas y Navarra.

El general Calonge fué el primero que en 24 de Septiembre rompió el fuego para penetrar en Santander: después de dos horas de reñido combate y con sensibles pérdidas, pudo arrojar de aquella ciudad las tropas rebeldes que la ocupaban, sucediendo lo mismo en Alcoy, donde también las tropas del Gobierno hicieron huir á los rebeldes.

Mientras estos sucesos tenían lugar, el Gobierno



comunicaba la siguiente circular á los capitanes generales:

«La conducta de una gran parte de nuestra marina militar tiende hoy á imponerse no sólo á las plazas sino á las poblaciones de todo el litoral, obligándolas así á declararse en rebeldía contra el Gobierno de S. M. En cualquier punto en que alguno de sus buques se presente, se resistirá toda intimación, en la seguridad de que no se atreverán á bombardear, y si lo hiciesen recaería sobre los que tal ejecutaren una mancha indeleble de indignación de todo corazón español. Las tropas no se intimidarán seguramente por eso; pero si, lo que no es de esperar tampoco, alguna autoridad militar cediese á cualquiera intimación de aquella clase, será juzgada por consejo de guerra; y si aun en los puertos donde no hubiere autoridad militar se les diese por dicha intimación cualquier clase de recursos sin haberlo exigido con fuerza desembarcada de ellos que no pudiera contrarrestarse, será juzgada asimismo militarmente.»

El marqués de Novaliches reunía entre tanto numerosa hueste con objeto de caer sobre los revoltosos de Andalucía, y de aquel suceso dependía el buen éxito del levantamiento, muy comprometido desde el instante en que la mayor parte del ejército permanecía fiel, al par que el pueblo tampoco parecía desear seguir las huellas de los revoltosos.

A consecuencia de esto dice un historiador moderno lo siguiente que copiamos:

«Los sublevados no estaban enteramente seguros del triunfo... así es, que sostenían íntimas relaciones con los separatistas de la Habana... Los marinos y generales insurgentes esperaban en caso de una derrota ó de mal éxito, retirarse con la escuadra á la isla de Cuba y en unión con la Marina de allí y de sus amigos proclamar la independencia, fomentar el descontento en la península y en ocasión dada, regresar á España.»

El cuerpo de ejército á las órdenes de Novaliches, estaba compuesto de quince batallones, diez y seis escuadrones, dos compañías de ingenieros y veintiocho piezas de campaña.

La ciudad de Córdoba apenas tuvo noticia de que las tropas de la Reina se acercaban, apresuróse á presentar su sumisión, y cesando como por encanto los gritos y entusiasmo de los sublevados.

También Granada volvió á la obediencia después de pocas horas de lucha, preparándose todo para la próxima batalla.

El día 27 de Septiembre el marqués de la Habana dirigió al de Novaliches un telegrama en el

que le manifestaba que la situación de la costa del Mediterráneo precisaba desapareciese, siendo para esto necesario una pronta victoria sobre los sublevados que la ocupaban.

El ejército de los alzados también se había puesto en movimiento y contaba con veinte batallones, mil quinientos caballos, mil quinientos guardias civiles, rurales y carabineros y veinte piezas de artillería.

Este cuerpo de ejército, al mando del duque de la Torre, al frente de cuya vanguardia iba el general Caballero de Rodas, se acercó á Córdoba, ocupando nuevamente la ciudad.

El general en jefe, una vez que hubo elegido entre el Guadalquivir y la Sierra las posiciones para sus haces, escribió una carta al marqués de Novaliches, en la que trataba de justificar su actitud, al mismo tiempo que le excitaba en nombre de la humanidad y de la conciencia á que le dejara expedido el paso. Pero esta carta fué contestada con arreglo á lo que la lealtad y el honor aconsejaban al que le fué dirigida.

Novaliches, bien obedeciendo apremiantes órdenes de Madrid, bien porque ya tuviese tomadas todas las disposiciones necesarias, el caso fué, que se resolvió por acentuar un movimiento de avance hacia Córdoba.

El mismo día que el duque de la Torre escribía la carta que antes hemos citado, ó sea el día 27 de Septiembre, Caballero de Rodas anunció que fuerzas del ejército real habían pasado el Guadalquivir.

El general Serrano dispuso al momento todas sus tropas y entró ellas y los batallones de paisanos que se habían formado pusieron resguardo en los vados y otros puntos importantes, hasta el extremo que cuando al día siguiente 28, el ejército leal marchó en son de guerra de frente, los sublevados se adelantaron hacia los puentes de Alcolea, fortificando su cabeza y aceptando el combate.

«Es la situación de los puentes de Alcolea de tal naturaleza, dice un historiador, que hace muy difícil un ataque de frente y sólo flaqueándolos por la izquierda puede conseguirse el paso libre.

»Para tomar estas posiciones se necesita atacarlas con fuerzas superiores á las que las defienden y mientras éstas pueden colocar y usar de toda su artillería, á las que embisten, únicamente les está permitido la de montaña; ahora bien, las fuerzas de Novaliches no podían decirse superiores á las pronunciadas, y su ejército carecía de aquellos cañones, lo cual le constituía en real inferioridad.

»Rechazadas pues en el ala izquierda las tropas de

la Reina, quisieron desplegarse por el llano y avanzar de frente llevando á vanguardia su artillería Krupp, y en esta situación de la batalla, á las cinco y media de la tarde, el duque de la Torre, suponiendo que el ejército real iba á hacer un último esfuerzo para atacar los puentes de frente, replegó sobre ellos sus fuerzas de la extrema izquierda, aumentó la artillería que los defendía y acompañado de sus generales esperó la embestida. No tardó ésta en verificarse; á las seis y media, ya casi anochecido, ambos puentes fueron atacados con más valor que inteligencia; un jefe de estado mayor, hijo de noble familia, fué el primero que llegó á caballo á la entrada del puente; pero allí quedaron tendidos caballo y caballero.

»Las columnas de ataque se lanzaron sobre el enemigo; mas rechazadas igualmente, en lo más recio de la pelea un casco de metralla causó peligrosa herida en el rostro al marqués de Novaliches que se estaba portando como valerosísimo soldado.

»Su caída fué la señal de retirada; sobre las ocho de la noche, el ejército real, á las órdenes del general Paredes, volvió ordenadamente á sus posiciones, acampando los alzados en las que habían defendido.

»Las pérdidas de éstos fueron de ochenta y nueve muertos y quinientos heridos; á poco más llegaron las de la hueste real, y una y otra pasaron la noche vigilantes y sobre las armas, preparándose para el nuevo combate que se esperaba á la salida de la aurora.»

De bien distinta manera se juzgó en Madrid el resultado de la abortada tentativa para pasar el Guadalquivir, pues que á juzgar por los resultados se apoderó de los pocos hombres sobre quienes pesaba la gobernación del Estado un pánico indescriptible, que dió lugar á los más extraños proyectos.

Reunidos en Consejo los generales y ministros residentes en Madrid, no pudieron venir á un acuerdo definitivo en los medios que debían adoptarse en tan apurado trance, terminando por fin aquella reunión con la dispersión de todos los asistentes que de hecho se consideraron destituidos de sus puestos oficiales, impidiendo el que se formalizase y firmase la formal acta de unión tan necesaria.

El siguiente día 29 amaneció para el pueblo de Madrid lúgubre y perezoso.

Los demócratas y los progresistas estaban reunidos en sus clubs, y por las calles abundaban los grupos de paisanos entre los que se expedía un boletín revolucionario, haciendo prever todo palpablemente próximos y trascendentales trastornos.

El Presidente del Consejo de Ministros había dirigido entretanto á los capitanes generales de los distritos una comunicación concebida en los términos siguientes:

«La batalla de Alcolea se ha perdido. El consejo de generales ha decidido no ser sostenible la situación. Salgo para poner en manos de S. M. mi dimisión. Límitese V. E. á conservar el orden sin hostilizar á los que se levanten; si ni esto es posible, obre V. E. como su criterio le dicte.»

Y efectivamente, el marqués de la Habana dirigióse á la estación del Norte, pero como se aseguraba que en la vía se hallaban revolucionarios apostados, retrocedió buscando asilo en una embajada extranjera.

El marqués del Duero, como capitán general de Castilla la Nueva, quedó de primera autoridad y después de cruzar varios telegramas con el gobernador de San Sebastián, publicó un bando recomendando la cordura y el orden, al mismo tiempo que en una comunicación decía al general Paredes:

«El Ministro de la Guerra ha hecho dimisión. Dé V. E. paso al duque de la Torre.»

Sin perder tiempo celebró una entrevista con don Pascual Madoz, presidente de la Junta revolucionaria, y con el general Jovellar, á los que manifestó que su hermano don José corría á San Sebastián á depositar en manos de doña Isabel II el poder que ésta le había otorgado, resignando en los referidos señores el gobierno de Madrid.

Como si aquel legado hubiera sido la señal esperada, alzáse las turbas y rompiendo las puertas del Ministerio de la Gobernación, treparon por sus balcones.

Sacaron de las prisiones militares de San Francisco al tribuno Escalante, quien, con la faja de general ceñida, recorrió las calles de Madrid tomando el mando en jefe del levantamiento en la Corte.

Ros de Olano, á quien se diera el mando militar, entregó las llaves del parque á los desmandados grupos, y mientras éstos se hacían cargo de aquel depósito de armas y municiones, otros grupos vociferaban por las calles y en medio de una gritería y algazara horrible, se cometieron esos atropellos que parecen ser ingénitos en todos los pueblos sublevados.

Estos deplorables sucesos se debían, así á la circunstancia de haber quedado Madrid sin autoridad, como á los trabajos de progresistas y demócratas para sobreponerse á los generales de la Unión liberal, y tan buena maña se dieron que puede decir-